

era una cómica de la legua; pero como si hubiera adivinado mis pensamientos, añadió: «Era una sociedad téspica (reunion de poetas y no de cómicos) la que representó delante del general.»




---



---

CAPITULO XVIII.

Viaje á las Montañas. — Visitas de los Aleghanies. — Haggerstown.

El tiempo fué severo y desagradable durante los dos dias que tuvimos necesidad de permanecer en Wheeling. Yo estaba cansada de todas veras de mi compañera de viaje, á pesar de sus eminentes talentos. Habiamos andado todos los vericuetos del fragoso monte que sirve de respaldo á la ciudad y emprendí mi expedicion á las montañas, con mas placer que en general se siente, al dejar la almohada antes de romper el dia por el frio rincon de un chirion descomunal.

Esta era la primera vez que entrabamos en una diligencia americana, aunque habiamos atravesado sobre dos mil millas de territorio, asi tuvimos la satisfaccion completa de apurar hasta las heces el vaso de amargura del viajero que no está acostumbrado á tales comodidades. El venturoso coche no tenia ni asómo de estribo, y tuvimos que encaramarnos

á nuestro asiento por una escalerilla. Cuando quitaron esta, me acordé, no sin desmayar, de que á lo menos las mugeres nos hallabamos en el mismo predicamento que los marineros, los cuales «no tienen en el peligro puerta por donde escapar.» Pero cuando un infortunio es absolutamente inevitable, lo llevamos nosotras con una constancia admirable. ¿Quién se hubiera atrevido á pronunciar ni aun entre dientes esa infalible demanda de las mugeres en los malos caminos de «me quiero bajar,» cuando el complacer á la que lo hubiera deseado, la ponía en el caso de dar un salto de dos varas para plantarse en el suelo?

El coche tenia tres órdenes de asientos, cada asiento para tres personas, y como no eramos mas de seis, podiamos, segun la expresion de Milton, «*habitar laxamente* aquella morada excelsa,» yendo por lo tanto traqueteados, y dándonos de coscorrones como patatas en carreton, mientras duró el mal camino.

Estábamos harto ocupados de nuestras cabezas, que corrian peligro de magullarse unas con otras, de nuestras rodillas y codos que sin embargo se nos llenaban de cardenales, y en fin de todo nuestro cuerpo, para echar una ojeada siquiera por las ventanillas del coche; mas al cabo entramos en un camino mas igual, y ademas habiamos adquirido alguna destreza en el

arte de balancearnos, de manera que parábamos los golpazos con menos peligro de dislocarnos un hueso.

Entonces advertimos que pasabamos por un hermosísimo pais diferente en todo de los alrededores de Cincinnati: verdad es que habiamos dejado atras la *belle riviere*, mas los limpios arroyuelos que precipitaban su ruidosa corriente serpenteando por entre los árboles y quebradas, para llevarle al rio el tributo de sus aguas, consuelan y aun deleitan al peregrino, que ha perdido de vista los encantos de sus hermosas márgenes.

El campo daba ya por todas partes señales de una cultura mas constante y esmerada, y la misma circunstancia de ser ancho y costoso el camino (aunque no mui igual), circunstancia que en la teórica se podria suponer contraria al efecto pintoresco requerido en la perspectiva, era hermoso para nosotros que desde nuestra entrada por la embocadura cenagosa del Misisipi, no habiamos visto, exceptuando los barcos de vapor y el malecon llamado *la Levée*, ni aun siquiera rastro que indicara la noble intencion de consultar la comodidad del público. En toda la distancia que recorrimos de tan vasta region, menos en Nueva-Orleans, y solo en la poblacion, no descubrimos señal alguna de arte humano por donde se calculara

que sus habitantes tienen otro objeto que el de vivir con las menos exigencias posibles de la sociedad civilizada, ó mas bien todo anunciaba que sus esfuerzos individuales se reducen, como dice su sempiterna frase, á «salir del paso.»

El camino habia sido construido á expensas del gobierno hasta Cumberlandia, villa situada dentro de los montes Aleghanies, y por la naturaleza del terreno ha de haber costado mucho. Sentí no haber contado los puentes que se pasan desde Wheeling á Washington la Chica (little Washington), es decir: en un camino de treinta y cuatro millas. Sobre un rio solamente se cuentan veinte y cinco, por todos los cuales pasa el camino, encontrándose varias veces á cien varas uno de otro, tan tortuosa es la corriente. Todos son de piedra, y muchos de ellos estan bellísimamente acabados.

Washington la Chica está en Pensilvania, y el camino la atraviesa por uno de sus ángulos. Es un estado libre, aunque nos sirvieron en él esclavos negros que alquilan en el estado vecino de Virginia. Llegamos por la noche y salimos á las cuatro de la mañana; así pues lo que vimos de Washington la Chica se reduce á su posada, que era cómoda y mui limpia. La primera parte de la jornada del día siguiente la empleamos en pasar un terreno mui

poco interesante, porque durante casi treinta millas todo lo que se descubria eran montes cubiertos de selva, cuyo aspecto monótono jamas halaga la vista con la mas ligera variedad. Tan pronto como llegábamos á la cima de un monte, empezábamos á bajar por el otro lado con toda la rapidez que podian correr nuestros cuatro caballos; y tan pronto como llegábamos al fondo de la cañada, empezábamos á subir trabajosamente la cuesta de otra eminencia: por otra parte los árboles son tan altos y tan espesos que por ninguna direccion se columbra la posibilidad de ver cincuenta varas de terreno.

La otra parte del dia sin embargo reparó ampliamente el fastidio de la mañana. A las cuatro de la tarde empezamos á subir los montes Aleghanies: la primera cordillera de la parte occidental se llama el Monte de los Laureles, nombre que le han dado por la inmensa cantidad de arbustos siempre verdes que la cubren, á pesar de que entre ellos no hai ninguno de los que llevan ese nombre.

Toda la parte de las montañas, que por espacio de treinta leguas atraviesa el camino, es un jardin precioso. La variedad casi increíble de plantas, su altura gigantesca y su hermosa robustez encantan deliciosamente los sentidos. Me parece que seria difícil inventar una diver-

sion mas agradable para quien tuviere suficientes conocimientos que la de un paseo botánico en el interior de Aleghanies.

La hermosa adelfa, cuyos ramos espléndidos orlan todos los peñascos, engalanan todas las rocas, y brillan con sus flores de sangre en torno de todos los árboles, fué la primera que llamó nuestra atencion. Aparecieron luego la azalea con sus alegres hojas, el pomposo chumaco y la linda familia de las calmías, tan fatal como bella. Sobre nuestras cabezas, á nuestros pies, alrededor de nosotros levantaban su cima arrodellada cedros de todas formas y de todos tamaños; crecian entre ellos abundantes pinos mas hermosos y variados que los que yo habia visto en Europa, y la especie llamada ciguata desplegaba su magnificencia como para disputar al cedro el trono de los montes. Se veian de cuando en cuando grupos de robles y encinas de cuyas ramas caia la parra silvestre que, enlazándose con los infinitos rosales que los rodeaban, parecia coronar de guirnalda el árbol que dió al hombre su primer alimento. La tierra estaba cubierta de una alfombra de céspedes y musgos, y aunque nos hallabamos en marzo, no se descubria rastro alguno del tránsito asolador del invierno. Tal era la escena que nos anunció la entrada de los montes Aleghanies.

Conforme subiamos nuestra soberbia calzada, ibamos descubriendo mayor hermosura en el Simplon de la América septentrional. Allí ha derramado la naturaleza sus tesoros, juntando lo mas noble de sus esfuerzos con lo mas dulce de sus caprichos. A cada paso se aumentaba nuestra admiracion: los picos azules de las sierras mas elevadas formaban el contorno del paisaje que no nos saciabamos de contemplar; alzábanse por cima de nosotros á la izquierda masas enormes de rocas, medio escondidas á intervalos entre la verde maleza y brillantes arbustos de sus valles y faldas, y á la derecha contemplábamos las copas de los pinos y los cedros que cubrian un hondo precipicio.

Yo no sabia hasta donde llegaba la variedad infinita de la perspectiva de las montañas. No conociendo mas que peñascos y derrumbaderos, torrentes y selvas en aquel pais, estaba muy lejos de esperar que fuese en medio de las montañas donde hubiera de encontrar un punto que me recordara la perspectiva de jardin de nuestra hermosa Inglaterra; sin embargo asi fué. En todo el tiempo que residia ya en América, nunca habia visto cosa alguna que se acercara ni aun ligeramente á lo que llaman los Ingleses terrenos de recreo; porque todas las muestras de jardinería que presentaba el

Ohio, estaban reducidas al cultivo de unas cuantas flores sin brillo ni fragancia, y ni siquiera habian soñado sus habitantes en darle mas extension. Por lo mismo mirábamos la mezcla de árboles, arbustos y flores que teniamos delante de los ojos continuamente como se mira á un amigo, cuando se vuelve á ver despues de una larga ausencia. Muchas veces, bajando á los valles angostos, hallabamos un poco de terreno cultivado, un jardin ó huerto cercado de chumacos, adelfas y azaleas, y una casa rústica cubierta de rosas. Estos valles son mui hermosos : siempre los atraviesa algun limpio arroyuelo que aprovechan para hacer andar el molino situado por lo comun cerca del camino ; y aquí, como en las cumbres y demas alturas, la tinta espléndida de la vegetacion y el color ceniciento pero moderado de las rocas, dan al cuadro una rara belleza de colorido.

La primera noche que pasamos en las montañas desvaneci6 nuestro encanto, sumiéndonos de nuevo en las miserias quebradizas de la pobre humanidad. Llegados á la posada ó venta, entramos en una sala que sin duda acababan de abandonar, segun la nube espesa de humo de tabaco y las exhalaciones de hiusqui de que estaba cubierta. Cenar en semejante atm6sfera hubiera sido asfixiarse ; por lo tanto preferi-

mos helarnos en nuestros cuartos, y nos retiramos al instante. Lo primero que llamó nuestra atencion fueron las sábanas que inspiraban mas que sospechas acerca de su estado admisible de limpieza ; pero nos aseguraron para que durmiesemos tranquilos : que no habian servido *sino unas cuantas noches*. Con la misma calma nos respondieron cuando les pidimos de cenar, diciéndonos á cada cosa que les indicabamos, ya para comer ya para beber : « Casualmente no tenemos de eso. »

Aunque estabamos todavía en Pensilvania, no nos servian mas esclavos, y asi nos costó mucho trabajo el lograr que nos encendiera la chimenea la huraña y desagradabilísima *señorita* que se dignó desempeñar las funciones de azafata, y mas todavía el arrancarle ropá limpia para nuestras camas ; logrado ese doble triunfo, nos metimos entre sábanas sin cenar, mientras la doncella se iba murmurando de la dificultad de «acertar con los tales Ingleses.»

El dia volvió la vida y el contento á nuestro corazon, aumentándose nuestro placer con los nuevos hechizos que las montañas despleaban. Las nubes flotaban al rededor de nosotros, corrian sobre nuestras cabezas, se agitaban á nuestros pies. Véíanse confusamente los picos enhiestos de las distantes rocas por medio de

un velo transparente, que fué alzándose como una gasa blanca, hasta que salió el sol y brillaron otra vez aquellas interminables alturas con toda su gloria y magestad.

Nos habian asegurado antes de empezar nuestra subida que encontraríamos nieve hasta de cuatro pulgadas de espesor en el camino; mas como no habiamos visto señales de ella todavía, nos era difícil disuadirnos de que viajábamos en medio del verano. No tardamos sin embargo mucho tiempo en ver las vertientes de la parte septentrional de la montaña cubiertas de la nieve prometida, y por último le hallamos hacia la cumbre las cuatro pulgadas de espesor de que nos habian hablado. El temple delicioso del aire y la brillante verdura de los árboles y plantas formaban un extraño contraste con aquella apariencia de invierno. Como no se derrita la nieve en semejante atmósfera, es un arcano difícil de comprenderse.

Una y mil veces volvimos á gozar las sensaciones de júbilo que necesariamente inspiran tales escenas; si tratase empero de dar la descripción continuada de las vistas que admiramos durante nuestro viaje en aquellas montañas encantadas, no saldriamos de rocas, cedros, laureles, corrientes cristalinas, cascadas sonoras, peñascos azulados, valles floridos y céspedes y musgos y todos los tesoros de la natura-

leza; y á la verdad no consiste en cada uno de esos objetos separadamente la magia peregrina que embriaga el alma de placeres sin fin, sino en sus armoniosas é infinitas combinaciones. El dilatado valle del Oeste, que nos detuvimos á contemplar desde un punto que domina las demas alturas de las vecinas sierras, forma un cuadro estupendo, mas al cabo de algunos momentos de contemplacion volvimos á emprender nuestra marcha, sin que la certeza de perder para siempre tanta hermosura nos arráncase un suspiro de pesar.

El segundo dia comimos en un sitio bellissimo que nos dijeron ser el punto mas elevado del camino y estar á 2,846 pies ingleses sobre el nivel del mar. Nos regalamos esplendidamente con pato silvestre y venado montés, siendo este último infinitamente superior al de los bosques del Misisipi ó del Ohio. Las verduras nos parecieron tambien delicadísimas. Una jovencita mui linda, que egercia las funciones de capataz de los esclavos que nos servian, (porque estabamos otra vez en la Virginia), nos dijo que la hortaliza de los Aleghanies se reputaba por la mejor de América. Tambien nos aseguró que las fresas bordes eran mui abundantes y exquisitas en aquel parage; que sus vacas pacian durante el verano muchísimas flores, cuyo alimento les hacia dar mayor